

Capítulo III

El problema del conocimiento

Creer, conocer

En la vida diaria, no solemos dudar del mundo que nos rodea. Damos por hecho que esta computadora que me está sirviendo de instrumento para escribir estas palabras existe y que funciona de una determinada manera. Pero ¿en qué baso este tipo de afirmaciones? ¿Qué me lleva a sostener que las cosas son tal cual las percibo?

Es necesario detenerse un momento en este punto para tratar de diferenciar lo que es creer, por un lado; y conocer, por el otro. No cabe duda de que creemos que nuestra computadora responderá a nuestros dedos que van presionando las teclas para que las letras aparezcan en nuestra pantalla. En este caso particular, nuestra creencia va acompañada por un correlato en la realidad: de hecho, a medida que vamos presionando las teclas, estas van formando palabras sobre la pantalla. Sin embargo, esto no implica, bajo ningún punto de vista, que yo sepa a ciencia cierta cuál es el mecanismo mediante el cual esto sucede.

Algo parecido pasa con nuestras relaciones interpersonales: estamos íntimamente convencidos de que nuestros amigos son personas en las que podemos confiar, creemos firmemente que no nos harán pasar malos momentos intencionalmente. Nuestra creencia en relación a este asunto no necesita pruebas. Incluso, puede haber evidencias contrarias a dicha creencia, pero justamente, la característica principal de las creencias es la ausencia de pruebas.



La búsqueda del conocimiento comienza con una pregunta

Filosofía

Por su parte, el conocimiento implica dar razones, fundamentar. Si bien saber y creer pueden ir juntos, esto no es necesariamente así. Siempre que sé, creo. Por ejemplo, se pueden conocer las fases lunares, es decir, saber cómo la tierra proyecta una sombra sobre su satélite, haciendo que este se oculte en parte. Este saber también implica un creer. Saber que es la Tierra la que impide que el Sol ilumine completamente la Luna, implica creer que esto es así. Por eso decimos que saber implica creer. Pero creer no siempre conlleva saber. Como se dijo en el ejemplo anterior, yo puedo creer que mi amigo no faltará a su palabra, pero yo no tengo pruebas que avalen que mi amigo cumplirá su palabra.

En otras palabras, para que exista un saber, tiene que haber razones que justifiquen la creencia, pruebas que avalen lo creído. Por supuesto que creer en algo implica sostener su verdad. Pero, decir que algo es verdadero, no lo vuelve tal. Por esta razón, son necesarias las pruebas que apoyen las creencias.



Posibilidad y límites del conocimiento humano

Constantemente nos movemos y actuamos como si fuéramos capaces de conocer los objetos que nos rodean sin ninguna dificultad. De forma casi continua abrimos juicios (afirmamos o negamos algo) sobre estos entes circundantes y mediante estos pretendemos describir la realidad. Decimos, por ejemplo, que el sol sale cada mañana por el este y se pone por el oeste, que esta manzana que está sobre la mesa es más grande que aquella que está sobre la heladera o que esa persona que se acerca hacia mí no es el vecino de la vuelta. Sin embargo, muchas veces, caemos en la cuenta de que dichas afirmaciones, aunque pretendían ser verdaderas y dar una descripción certera, eran falsas. Por ejemplo, al comparar de cerca la manzana de la mesa y la de la heladera, descubrimos que la primera es más pequeña que la segunda, contrariamente a lo que habíamos afirmado en primera instancia. Otras veces, sin llegar al punto de afirmar la falsedad de una proposición, comenzamos a dudar de ella. Por ejemplo, a medida que aquella persona que se encontraba lejos se acerca, el parecido con el vecino de la vuelta comienza a descubrirse, aunque no tenemos la certeza de que sea él.



La posibilidad humana de conocer es motivo de debate entre los filósofos

Nos encontramos frente a un problema: ¿qué certeza de conocer algo tengo? ¿Existe realmente la posibilidad de conocer o sólo creo que conozco? Desde los escépticos que sostuvieron la imposibilidad del conocimiento hasta los realistas que afirman que aquello que conocemos es el mundo tal cual es, las respuestas a estas preguntas han sido variadas a lo largo de la historia de la Filosofía.

Otro problema central dentro de la Gnoseología es el origen y fundamento del conocimiento. Dos son las soluciones posibles: los empiristas sostienen que se conoce a partir de la experiencia sensible (a través de los sentidos) y que es esta misma experiencia la que da el fundamento; los racionalistas sostienen que se conoce a partir de la razón y que existen ciertos conocimientos que son *a priori* (independientes de la experiencia), como las verdades matemáticas.

Pero todavía nos queda pendiente otra cuestión: ¿qué conocemos? Los filósofos idealistas creen que no conocemos las cosas tal cual son sino como estas aparecen en nuestra conciencia. En otras palabras, los objetos que tenemos en nuestra cabeza, no se condicen con los que se encuentran en el mundo exterior. Mientras tanto, los realistas creen que lo que nosotros conocemos es la realidad tal cual ésta es.

¿Conocemos o no conocemos?,
una cuestión muy discutida



Dogmáticos y escépticos

Hay que entender a los dogmáticos en oposición a los escépticos, ya que fueron estos últimos los que pusieron este nombre a sus predecesores. Todos aquellos filósofos anteriores a los escépticos son, por lo tanto, dogmáticos.

Los dogmáticos se caracterizan por no dudar de la posibilidad del conocimiento: este es un hecho indubitable y que se demuestra así mismo (conocemos y esto demuestra que el conocimiento es posible). Para estos filósofos, carece de sentido preguntarse si el hombre conoce o no. Se parte de la certeza de la existencia de dicho conocimiento y si alguna pregunta acerca del mismo tiene razón de ser, ésta se centrará en su alcance, naturaleza y valor.

En pocas palabras, dogmático es todo aquel que no se ha planteado la pregunta sobre la posibilidad del conocimiento. Por lo tanto, ni siquiera afirma la existencia del mismo.

En contraposición, el escéptico duda de la posibilidad de conocimiento o de la posibilidad de demostrar la verdad del mismo. La actitud escéptica se caracteriza por investigar si la verdad es posible y dudar de ella. Los escépticos no tienen otra opción más que la de suspender el juicio (no pueden negar ni afirmar nada sobre el mundo que los rodea). Sin embargo, hay que tener presente que el escepticismo extremo y absoluto es insostenible. Hay certezas de las que no se puede dudar, por ejemplo, del propio pensamiento, como demostró Descartes.

Tipos de escepticismo

Existen distintos tipos de escepticismo. El relativismo puede ser definido como un tipo especial de escepticismo. Cada persona o sujeto de conocimiento tiene características particulares que determinaran la manera en que se relacionará y conocerá al objeto. De este modo, el conocimiento que un sujeto tendrá de los objetos que lo circundan, no dependerá sólo de dichos objetos.

Cada sujeto percibe de una manera particular y tiene una inteligencia determinada. Así, no existe manera alguna de verificar el conocimiento de lo absoluto, no podemos defender la existencia de un conocimiento realmente compartido, sino que cada sujeto tendrá un conocimiento relativo dependiendo de la relación que entable con los objetos de conocimiento a partir de su percepción e inteligencia.

Otra forma de escepticismo es el agnosticismo. En esta posición, lo que se afirma es la imposibilidad de conocer lo absoluto, el último fundamento que sostiene todos los demás conocimientos de los que disponemos. El pensamiento humano opera haciendo generalizaciones que se van enlazando entre sí. Se pasa de una afirmación particular a otra y se hacen generalizaciones cada vez más amplias que van englobando a las anteriores. Pero siempre se requiere de una nueva afirmación que explique y englobe a la última que sostuvimos. Es imposible llegar a una afirmación última que no necesite de otra más general que la explique y justifique.

El escepticismo como actitud filosófica ante la realidad tiene una larga existencia. En el 300 a.C., Pirrón, el más importante representante del escepticismo clásico, buscaba una respuesta a la pregunta *qué debo hacer* (en otras palabras, su preocupación era

moral y no gnoseológica), buscaba la ataraxia o imperturbabilidad del alma. Este tipo de sabiduría fue relacionada, más tarde, con la suspensión del juicio. De esta manera, el problema gnoseológico pasó a primer plano.

Sexto Empírico es uno de los que sostiene que la ataraxia es resultado de la suspensión del juicio. Para este filósofo, las investigaciones de los escépticos no están relacionadas con las apariencias de las cosas. La pregunta no es si la sensación que tengo en este momento, por ejemplo, el frío del hielo al tocarlo, es real o no. No se puede dudar de las sensaciones que se tienen. La pregunta del escéptico se centra en si el hielo es realmente frío y si se tienen buenas razones para afirmar este hecho. El problema radica en que la razón no tiene manera de diferenciar las apariencias reales de las falsas. No se puede dudar de aquello que me aparece, no se puede dudar de las sensaciones y su apariencia, pero nada permite sostener su verdad. De hecho, a veces, los datos de los sentidos se contradicen entre sí (una persona de metro ochenta y siete parece un enano a cierta distancia), así como las razones también pueden contradecirse (se puede argumentar de manera coherente a favor de la infinitud del mundo, pero también puede argumentarse sobre su finitud).

En la Modernidad, el mayor exponente del escepticismo fue Montaigne. Este filósofo sostenía que no existe ninguna posibilidad de encontrar un criterio de verdad: para afirmar algo es necesario disponer de un criterio que me permita diferenciar lo verdadero de lo falso, pero para hacer uso de este criterio, primero debo demostrar su validez y para demostrar su validez, sería necesario recurrir a otro criterio y así hasta el infinito.

En la actualidad, siguen existiendo filósofos que defienden el escepticismo. Estos filósofos argumentan que nada es explicable. Esto es así porque la verdad requiere universalidad, necesidad e inmutabilidad, características imposibles de hallar en el pensamiento. Desde la razón se han sostenido distintos sistemas filosóficos (basta con pensar el antagonismo existente entre Platón y Aristóteles), a nivel moral, ante un mismo hecho, personas distintas pueden defender distintos cursos de acción a seguir (castigar a un alumno que no estudió o perdonarlo), etc. Quizá se pueda decir que las características nombradas se dan a nivel de los sentidos: siempre veo el cielo del mediodía (salvo que esté nublado, por supuesto) de color azul y cada vez que lo vuelva a ver, será igual para mí y para todos los otros seres humanos.



Racionalismo

Si bien la preocupación por el conocimiento existe desde la Antigüedad, la Modernidad es el momento en que el problema se intensifica y toma un nuevo curso. Son varios los acontecimientos que desembocan en una crisis de la concepción medieval del mundo centrada en Dios: el «alejamiento del horizonte» a partir del descubrimiento de América y su conquista, el surgimiento de las naciones estado de la mano del capitalismo, la Reforma Protestante, que gracias a su defensa de la libre interpretación de la Biblia pone al individuo como centro, los descubrimientos astronómicos de Copérnico, Galileo, Kepler y finalmente Newton, etc.

Todos estos sucesos tienen como resultado un cambio drástico en la forma de percibir la realidad. La pobreza pierde su lugar privilegiado gracias a la Reforma Protestante y el trabajo y la recompensa por el mismo comienza a ganar espacio. En los cuadros Renacentistas puede observarse como el cuerpo empieza a ocupar un lugar central, dejando rezagada al alma, que hasta entonces había sido la preocupación principal de todo mortal que deseara la vida eterna junto a Dios. La burguesía, una nueva clase social centrada en el comercio, comienza a ganar protagonismo.

La Modernidad cambia el lugar del hombre en el mundo. Aproximadamente a partir del siglo XV, se tendrá una concepción cada vez más antropocéntrica y menos trascendente. La Iglesia irá perdiendo su lugar y su poder hasta que, finalmente, el poder terrenal y el celestial tomen cursos independientes. Lo más importante será la vida terrenal y no la preparación para la celestial. Como resultado de esta crisis, se comienzan a cuestionar las autoridades que hasta entonces habían sido respetadas: Aristóteles y la Biblia. Poco a poco se pierde la confianza en estas y se pasa a confiar, cada vez más, en la observación y en la experimentación como las verdaderas fuentes de conocimiento.

Filosofía

En el Renacimiento, el problema del método toma un papel protagónico. La crítica a la escolástica medieval resaltaba la inutilidad de la misma a la hora de aumentar el conocimiento científico justamente por el método utilizado por ella. Uno de los componentes de dicho método era el criterio de autoridad: lo afirmado por ciertas autoridades (la Biblia, la Iglesia y Aristóteles) era verdadero e indiscutible. No se concebía la posibilidad de error en relación a ciertos autores.

Por otro lado, se tacha a la escolástica de verbalista. Esto quiere decir que las discusiones en las que se concentraba, terminaban siendo simples discusiones verbales en las que no se buscaba ir a las cosas mismas. No se realizaban investigaciones serias, sino que se intentaban resolver problemas carentes de sentido o inexistentes. Finalmente, la ciencia y la Filosofía escolásticas se valían del silogismo. El silogismo es un tipo de razonamiento deductivo formado por tres proposiciones. El problema con este tipo de razonamiento es que no sirve para obtener nuevos conocimientos, sino que sólo permite ordenar los que ya se tienen.

René Descartes, el filósofo de la duda

Rene Descartes (1596-1650) es, en cierto sentido, el primer filósofo moderno. Como tal, se planteó la necesidad de encontrar un nuevo método más adecuado que permitiera ir más allá del criterio de autoridad, las discusiones de palabras y los razonamientos silogísticos. Su esfuerzo estaba centrado en encontrar los principios de las cosas.

A Descartes le resultaba intolerable que los conocimientos fueran simplemente plausibles. Él necesitaba certezas. Un conocimiento no

seguro debería ser abandonado. Como los intentos anteriores de encontrar alguna verdad, desde su punto de vista, habían fracasado, él los dejó de lado. Se propuso empezar de nuevo, desde cero. Aunque su empezar de cero no significa que no haya reconocido que aprendió del pasado. El pasado le enseñó que es posible caer en el error y que eso es precisamente lo que debe ser evitado. Su método fue, entonces, la duda metódica. Como método es un instrumento que pretende ser usado para hallar la verdad, es universal, ya que será aplicada a todo y hiperbólica porque será llevada hasta los últimos extremos.



Retrato de Descartes

Hemos dicho que el método cartesiano es la duda. Pero es necesario aclarar un poco más en qué consiste el método para Descartes. En su obra *Discurso del método*, nos presenta cuatro reglas que deben seguirse en toda investigación. La primera nos dice que sólo debemos admitir como verdadero aquello de lo que no se pueda dudar, cuando sea evidente. Nos dice que las características de un conocimiento de este tipo es que será claro y distinto.

evidente= claro y distinto

Un conocimiento es claro cuando se me presenta de forma inmediata ante el espíritu. Por ejemplo, si me pincho, el dolor que siento se me presenta de manera inmediata y, en ese sentido, es claro. Un conocimiento es distinto cuando no tiene nada que no le pertenezca. Por ejemplo, si digo que el triángulo es una figura de tres lados, esto es un conocimiento distinto. En cambio, si digo, simplemente, que se trata de una figura, puedo llegar a confundir el triángulo con un cuadrado o un círculo, ya que ellas también son figuras. Lo que Descartes nos está diciendo con esto es que no debemos precipitarnos y debemos ser precavidos. Nada que no hayamos conquistado a través de nuestro propio esfuerzo puede ser tenido como verdadero.

La segunda regla es la del análisis. En ella, Descartes nos dice que todo aquello de lo que nos ocupemos y sea complejo, debe ser dividido en todas sus partes. Debemos analizar, dividir las cuestiones y problemas en los que

trabajamos hasta llegar a algo que sea simple y evidente. Pero, para tener un conocimiento verdadero, no nos podemos quedar en esta parte del método, es necesario reunir aquello que separamos. Si nos quedáramos en este momento del análisis, no tendríamos nada más que un montón de cosas inconexas. Por eso es necesario seguir con la tercera regla: la síntesis. En ella, nos dice que se debe partir de aquellos conocimientos más simples y sencillos e ir ascendiendo hacia los más complejos. Uno debe comenzar por conocer los números para luego conocer la suma, más tarde la resta y recién entonces estudiar la multiplicación y división.



La última regla dice que debemos llevar un recuento minucioso de los pasos que hemos seguido para asegurarnos de que no hemos omitido nada. Las características de la mente humana le impiden tener presente en todo momento los pasos que va siguiendo, por ejemplo, al resolver un problema matemático. Uno está concentrado en el paso actual y confía a la memoria aquello que ya realizó. Lo que nos dice esta cuarta regla es que debemos revisar los pasos que hemos seguido hasta no tener ninguna duda de que no hemos olvidado nada en el camino.

Resumiendo, las cuatro reglas cartesianas son:

- 1) No debemos admitir como verdadero nada que no se me presente de manera evidente, o sea, de forma clara y distinta y evitar la precipitación y la prevención en mis juicios.
- 2) Debemos dividir y analizar todos los problemas complejos que se nos presenten hasta llegar a algo evidente. Esta es la llamada regla del análisis.
- 3) En todo conocimiento, debemos partir de lo más sencillo e ir ascendiendo hacia lo más complejo y esto según un orden. Esta es la llamada regla de la síntesis.
- 4) Debemos hacer recuentos y enumeraciones de modo tal de estar seguros de no haber omitido nada. Esta es la llamada regla de la enumeración.

¿Puedo dudar de lo que los sentidos me muestran? La distorsión de los sentidos y los sueños

Por medio de la duda, Descartes busca un conocimiento absolutamente cierto. Él quiere estar seguro de la verdad de sus conocimientos y no aceptará bajo ningún punto de vista nada que sea plausible o dudoso. La duda le permite poner a prueba los conocimientos y forzarlos. Le interesa saber si existe alguno capaz de resistir esta duda metódica, ya que ese algo capaz de resistirla, tiene que ser forzosamente cierto. Como resulta imposible poner a prueba todos los conocimientos existentes, Descartes decide utilizar su método sobre las facultades que nos permiten construir nuestros conocimientos y que, por lo tanto, resultan ser su fundamento: la sensibilidad y la razón.

Su primera crítica se dirigió a la facultad sensible. Innumerables veces hemos podido confirmar que los sentidos nos engañan. Basta colocar un palo en el agua para observar que este se ve partido bajo ella a pesar de que fuera de la misma, parecía entero. Si debemos seguir el método de la duda, los sentidos no son fiables. ¿Cómo se puede confiar en una facultad que ha resultado engañosa en más de una ocasión? Ha señalado ya Descartes que todo conocimiento dudoso ha de ser rechazado.

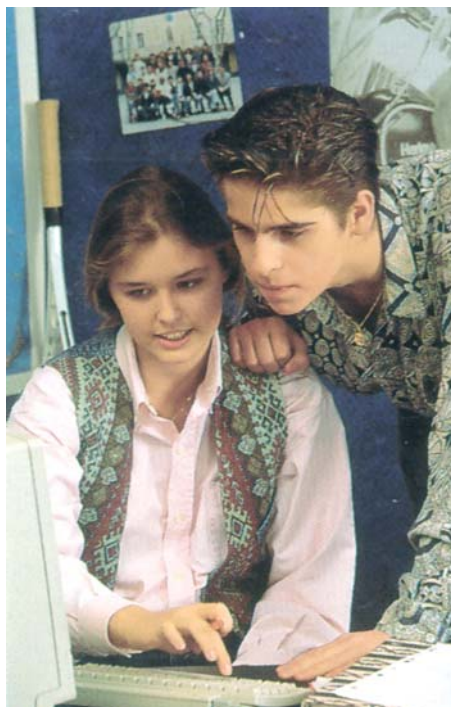
«Todo lo que hasta ahora he admitido como absolutamente cierto lo he percibido de los sentidos o por los sentidos; he descubierto, sin embargo, que éstos engañan de vez en cuando y es prudente no confiar nunca en aquellos que nos han engañado aunque sólo haya sido por una vez.»

(Descartes, René, *Meditaciones metafísicas*.)

En otras palabras, si los sentidos nos dan conocimiento dudoso, y de hecho, así resulta, entonces, deben ser descartados como fuente real de conocimiento.

Por supuesto que este argumento es válido para cierto tipo de conocimiento sensible. Pero parece imprudente dudar de otras cosas que me presentan los sentidos. ¿Sería coherente poner en duda que estoy frente a la computadora escribiendo este capítulo de este libro de texto? ¿Es lícito desconfiar de la luz del velador que ilumina la pantalla? Sin embargo, nuevamente se nos presenta un problema: existen ocasiones en las que no es posible diferenciar el sueño de la vigilia. Hay sueños que son tan vívidos que uno juraría que está despierto. ¿Qué garantía tengo en este momento de que no estoy dormida? Según Descartes, ninguna. Y si no tengo forma certera de diferenciar sueño y vigilia, entonces, tampoco puedo sostener que el conocimiento que tengo de mi computadora o mi velador en este momento sea cierto.

Con estos dos argumentos, Descartes deja eliminada toda posibilidad de conocimiento indubitable a través de los sentidos.



Una pregunta filosófica:
¿son fiables nuestros sentidos?

Dudando de la razón. El genio maligno

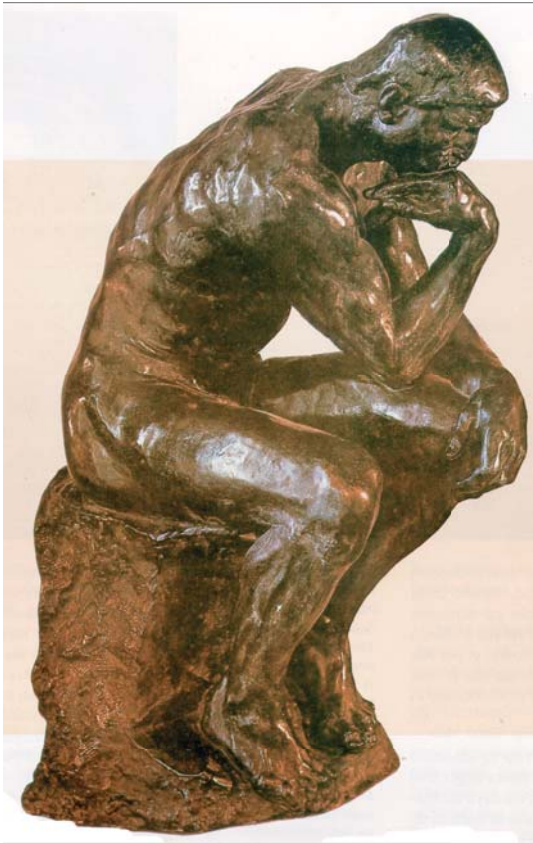
La otra facultad, la razón, también es sometida a prueba. El razonamiento matemático parece ser el más exacto de todos los tipos de conocimiento a los que se puede acceder, sin embargo, todos los hombres están expuestos a error. De hecho, son muchas las personas que cometen errores al tratar de resolver los problemas matemáticos más sencillos. Por esta razón, Descartes pensó que si los demás corrían el peligro de cometer tales errores, él también lo corría. Por supuesto, este argumento sigue siendo insuficiente porque se basa en un proceso discursivo que se apoya en ciertos principios que no son eliminados. Dichos principios, por ejemplo, que el todo es mayor que la parte, no se conocen de manera discursiva, sino intuitiva.

Descartes presentó un nuevo argumento que le permitió dejar de lado, incluso, el conocimiento matemático: postuló la existencia de un genio maligno. Esto no significa que Descartes sostuviera que existe de hecho un genio maligno, sino que ante la posibilidad de su existencia, es necesario tener presente que no se puede estar seguro ni siquiera del conocimiento matemático. En otras palabras, no es imposible imaginar que exista un genio maligno y perverso que nos hiciera confundir siempre, haciéndonos creer que dos más dos es cuatro, cuando, en realidad, esto no es así. Este argumento no puede ser dejado de lado, según Descartes, justamente porque su método, como se ha dicho anteriormente, es la duda. Si la duda ha de ser tomada en serio y llevada hasta sus últimas consecuencias, entonces, se tiene que tener presente la posibilidad de ser engañados por un ser de estas características. De esta manera, con el postulado del genio maligno, el conocimiento racional es puesto en duda y debe ser dejado de lado.

La certeza en la duda. El cogito

Llegados a este punto, podemos observar como Descartes ha puesto en duda todo el saber de la época: no puede confiar ni en sus sentidos ni en su razón. Estas dos facultades son las que me permiten tener algún tipo de conocimiento. Si las pongo en duda, si no puedo confiar en aquello que me muestran los sentidos porque estos son deficientes, ni en aquello que aprehendo a través de la razón porque no es imposible postular la existencia de un genio maligno dispuesto a engañarme, entonces, no hay nada que yo pueda conocer con certeza. No puedo fiarme de ninguno de los conocimientos que tengo hasta ahora.

Sin embargo, sucede que, una vez que la duda llega al extremo, que se radicaliza, aparece una certeza. Si soy capaz de dudar, hay algo que puedo garantizar: si dudo, existo:



«El pensador»,
del escultor francés Rodin (1840-1917)

«Pero, ¿qué soy ahora, si supongo que algún engañador potentísimo, y si me es permitido decirlo, maligno, me hace errar intencionalmente en todo cuanto puede? ¿Puedo afirmar que tengo algo, por pequeño que sea, de todo aquello que, según he dicho, pertenece a la naturaleza del cuerpo? Atiendo, pienso, doy más y más vueltas a la cuestión: no se me ocurre nada, y me fatigo de considerar en vano siempre lo mismo. ¿Qué acontece de las cosas que atribuía al cuerpo, como alimentarse o andar? Puesto que no tengo cuerpo, todo esto no es sino ficción. ¿Y sentir? Esto no se puede llevar a cabo sin el cuerpo, y además me ha parecido sentir muchas cosas en sueños que he advertido más tarde no haber sentido en realidad. ¿Y pensar? Aquí encuéntrome lo siguiente: el pensamiento existe, y no puede serme arrebatado; yo soy, yo existo: es manifiesto. Pero ¿por cuánto tiempo? Sin duda, en tanto que pienso, puesto que aún podría suceder, si dejase de pensar, que dejase yo de existir en absoluto. No admito ahora nada que no sea necesariamente cierto; soy, por lo tanto, en definitiva una cosa que piensa, esto es, una mente, un alma, un intelecto o una razón, vocablos de un significado que antes me era desconocido. Soy, en consecuencia, una cosa cierta, y a ciencia cierta existente. Pero, ¿qué cosa? Ya lo he dicho, una cosa que piensa.»

(Descartes, René, *Meditaciones metafísicas*)

Esto quiere decir que puede haber un genio maligno capaz de engañarme, pero no puede impedir que exista. Esta es la primera verdad indubitable: pienso, luego existo. En otras palabras, soy una cosa que piensa. A esta primer verdad, Descartes la llamó cogito. Este es el primer principio de la filosofía porque es la primer verdad de la que no puedo dudar y porque es el fundamento, el punto de partida desde el cual construir la filosofía y el saber en general.

Hay que destacar que pensar, para Descartes, implica mucho más que simplemente pensar. Ser una cosa que piensa es ser una cosa que afirma, niega, duda, entiende, concibe, quiere, no quiere, imagina, siente. Pero, existe un problema: yo sé que soy una cosa que piensa, o sea, me conozco como pensamiento, pero no sé nada de mi cuerpo. Ni siquiera puedo afirmar que tengo uno. Tengo conocimiento claro y distinto de mi pensamiento, pero no de mi cuerpo. A este lo conozco de forma indirecta, a través de mis vivencias, las cuales no son corporales, sino que son pensamiento.

Clasificación de las ideas: Dios como salvación del solipsismo

Si Descartes se detuviera en este punto, si se conformara con el cogito, no tendría ninguna posibilidad de otro conocimiento cierto. Después de todo, si bien no puedo dudar de mi existencia, sí puedo dudar de cualquier otro conocimiento porque todavía no pude deshacerme de la posibilidad de la existencia del genio maligno dispuesto a engañarme. Pero, si me conformo con el conocimiento de mí mismo como cosa pensante como único conocimiento real, corro el riesgo de caer en el solipsismo (quedarme solo en el mundo). Descartes pretende recuperar, aunque sea, parte de su conocimiento y será a través de la demostración de la existencia de Dios que podrá asegurar la veracidad de cierto tipo de conocimiento. Será a partir del análisis de aquello de lo que no puede dudar (sus pensamientos) que tratará de demostrar la existencia de un Dios incapaz de engañarlo.

Contando sólo con los pensamientos, Descartes comienza a analizarlos. Él descubre que, entre los pensamientos, hay algunos que son como imágenes de las cosas externas (son distintos a los sentimientos y sensaciones como miedo, dolor, amor, etc.), son representaciones de las mismas. A estas representaciones las llama ideas y reconoce tres tipos distintos: innatas, adventicias y facticias.

Las ideas adventicias son las que parecen venir del exterior como la idea de árbol. Las facticias son las que fabricamos con la imaginación, juntando ideas entre sí como la idea de sirena, mezcla de la idea de mujer y la de pez. Las innatas son las que el alma parece tener con ella desde el momento del nacimiento y que son completamente independientes de la experiencia. De estas, unas son representaciones de cosas o propiedades, como la idea de Dios, círculo, alma, etc., las otras son lo que Descartes llama verdades eternas y son proposiciones como «de la nada, nada resulta». La razón trabaja con las ideas innatas y son estas las que nos pueden proporcionar un conocimiento seguro, si nos atenemos al método. Es utilizando las ideas innatas como

Filosofía

punto de partida que Descartes pretende mostrar que Dios existe. En su libro *Meditaciones metafísicas*, él presenta tres pruebas para demostrar este hecho. Aquí, por cuestiones de espacio, sólo presentaremos una.

Entre las ideas innatas que tengo en mi espíritu hay una que es la de un ente perfecto. Por definición, para ser perfecto, nada puede faltarle porque si le faltase algo, ya no sería perfecto. La existencia es necesaria para la perfección. Sino existiera, ya no sería perfecto porque le faltaría algo, por lo tanto, ese ente tiene que existir de forma necesaria. En el concepto de Dios, la existencia es algo esencial, como en el concepto de triángulo lo es el que la suma de sus ángulos interiores sea igual a dos rectos.

Dios, como ser infinito y perfecto, no puede engañarnos. Por lo tanto, la razón y las ideas innatas que nos ha dado tienen que ser válidas para tener conocimiento. Si caemos en error, no es por culpa de Dios, sino porque nos apresuramos a juzgar sobre aquello que no conocemos de manera clara y distinta.

Pero, continúa Descartes, además de las ideas innatas, encuentro en mí ideas de cosas sensibles que tienen que tener algún tipo de causa que no puedo ser yo mismo porque yo no soy un ser espacial sino puro pensamiento y estas ideas implican especialidad y aparecen sin que intervenga mi pensamiento. Por otro lado, tengo la inclinación de creer que estas ideas sensibles son producidas por objetos externos a mí. Como Dios es el que me ha dado esta inclinación que me lleva a creer en los objetos sensibles y no puedo dudar de la bondad de Dios y de su incapacidad de engañarme, entonces, tengo que concluir que esos objetos realmente existen y que ellos son la causa de estas ideas. De esta manera, Descartes introduce las cosas extensas. Hasta aquí, sólo podía afirmar la existencia del pensamiento, ahora puede afirmar que existen cosas extensas, o sea con extensión, que ocupan un lugar (la característica de las cosas materiales es el ocupar un lugar).

Empirismo

El empirismo puede ser pensado en contraposición al racionalismo: mientras este sostiene que la fuente de conocimiento está en la razón y que todo factor empírico debe ser dejado de lado, el empirismo afirma justamente lo contrario: todo mi conocimiento deriva de la experiencia sensible. El espíritu es como una hoja en blanco, no hay en él ningún contenido previo a la experiencia. Antes de ir al mundo, enfrentarme e interactuar con él, es imposible adquirir conocimientos.

El filósofo más importante dentro de la escuela empirista fue el escocés David Hume (1711-1776). Según este autor, todo conocimiento viene de la experiencia, ya sea la externa (aquella que proviene de los sentidos) o la interna (autoexperiencia). Y son, justamente, los hechos de la experiencia lo que él pretende analizar. A estos los llama percepciones y las divide en impresiones e ideas. Las impresiones son percepciones que se reciben de modo directo. Estas las divide en impresiones de la sensación (aquellas que vienen de los sentidos, del mundo exterior) y de la reflexión (vienen de nuestra propia interioridad). La diferencia entre las impresiones y las ideas es de grado. Las impresiones son representaciones originarias y directas, mientras que las ideas (hechos de la memoria y la fantasía) son derivadas de estas y su intensidad o vivacidad es menor. Por ejemplo, no es lo mismo sentir el calor directo de la llama (impresión) que recordarlo con posterioridad (idea). La intensidad es distinta. Por otro lado, el recuerdo del calor de la llama, es un derivado de la sensación vivida al acercar la mano a la misma.

Las ideas y las impresiones pueden ser complejas o simples. Las simples son aquellas que no pueden ser divididas, mientras que las complejas están formadas por más de una impresión o idea simple. Por ejemplo, la idea de manzana está compuesta por varias ideas como, por ejemplo, la del color rojo. Yo puedo pensar el color rojo separadamente de la idea de manzana. Pero el color rojo es una idea simple que no puede ser dividida en partes.

...A toda impresión simple acompaña una idea y a toda idea simple, una impresión correspondiente. De esta unión constante de percepciones semejantes concluyo inmediatamente que existe una gran conexión entre nuestras ideas e impresiones correspondientes, y que la existencia de las unas tiene considerable influencia sobre la de las otras. Una tal relación constante, en un infinito número de casos, no puede nunca proceder del azar. Sino que demuestra claramente que las impresiones dependen de las ideas o las ideas de las impresiones. Para que pueda saber de qué lado se halla esta dependencia, considero el orden de su primera aparición y hallo, por la experiencia constante, que las impresiones simples son siempre anteriores a sus correspondientes ideas y no aparecen nunca en el orden contrario. Para darle a un niño la idea de escarlata o naranja, o amargo, presento los objetos, o, en otras palabras, le comunico estas impresiones. Pero no procedo de una manera tan absurda que trate de producir las impresiones excitando las ideas. Nuestras ideas no producen en su aparición sus correspondientes impresiones; tampoco percibimos ningún color ni sentimos ninguna sensación tan sólo pensando en ellas. Por otra parte, hallamos que toda impresión, sea del espíritu o del cuerpo, aparece constantemente seguida por una idea que se asemeja a ella, y que únicamente difiere en los grados de fuerza y vivacidad. La constante conexión de nuestras percepciones semejantes es una prueba convincente de que las unas son causas de las otras; y esta prioridad de las impresiones es igualmente una prueba de que muchas impresiones son las causas de muchas ideas, no nuestras ideas de nuestras impresiones.»

(Hume, David, *Del conocimiento humano*)

En otras palabras, para Hume, todo nuestro conocimiento deriva de las impresiones. Podemos creer que tenemos nociones que no provienen de la sensibilidad, pero, si las analizamos con detenimiento, nos daremos cuenta de que las mismas derivan, en última instancia, de impresiones. Por ejemplo, puedo imaginarme una montaña de oro. Esta idea parece ajena a la sensibilidad. Sin embargo, puedo darme cuenta en seguida que la misma está formada por la idea de oro y la idea de montaña que a su vez son el resultado de la impresión que alguna vez tuve de ambas cosas. De hecho, dice Hume, si una persona por alguna razón carece de algún sentido y no puede experimentar alguna sensación, entonces, no tendrá ninguna idea sobre lo correspondiente a dicha sensación. Por ejemplo, los ciegos no pueden tener ideas de los colores.



La falta de algún sentido (en este caso, la vista) limita considerablemente nuestro contacto con la realidad

Así, el espíritu no puede ir más allá de las impresiones y las ideas de ellas derivadas. Existen, según el autor, leyes que regulan la actividad del espíritu en relación al material suministrado por las impresiones. Estas leyes son las leyes de asociación de ideas: asociación por semejanza (si miro una foto, mi pensamiento me conduce a pensar en el original), por contigüidad en el tiempo y en el espacio (al mencionar un departamento de un edificio, se sugiere una conversación acerca de los otros) y por causa y efecto (si pensamos en una herida, es inevitable pensar en el dolor que le sigue).

De esta manera, al analizar nuestras ideas, descubriremos que las mismas derivan siempre de impresiones. Incluso la idea de Dios, que según Descartes era innata, para Hume es producto de nuestro espíritu. Esta idea surge al reflexionar sobre las operaciones que hay en éste y aumentando hasta el infinito las cualidades que nosotros mismos poseemos. Al analizar mi espíritu, me doy cuenta de que poseo cierto saber, lo multiplico al infinito y obtengo la idea de sabiduría absoluta, lo mismo sucede con la idea de poder que descubro en mí y la de bondad. Uniendo todas estas ideas me puedo formar la idea compleja de un ser perfecto: omnisciente, omnipotente y de bondad suma y esta será la idea de Dios. Hume no sostiene que Dios no existe. Se limita a decir que es una idea más entre otras y que puede ser comparada con la idea de centauro. Idea compleja que implica la unión de las ideas simples de toro y hombre.

El conocimiento válido u objetivo estará dado, para Hume, por el hecho de poder hacer corresponder a las ideas que posee mi espíritu con impresiones. En relación a las ideas complejas, las ideas simples que se dan en ellas simultáneamente, deben corresponder a una impresión compleja que las contenga también de manera simultánea. De esta manera, puedo comprobar que la idea de sirena es una idea creada por mí: no existe impresión compleja alguna que conjugue la impresión de mujer y pez al mismo tiempo. En otras palabras, no tengo una impresión que se corresponda con algo que me viene del exterior y esté compuesto por la impresión pez y mujer al mismo tiempo. La idea de sirena es una idea compleja, producto de mi imaginación y, por lo tanto, no es válida.

Tipos de conocimiento

Hume plantea la existencia de dos tipos de conocimiento. Por un lado, se encuentra el relativo a la relación de ideas. Este tipo de conocimiento es el de las matemáticas. El mismo no se funda en la experiencia, es a priori (lo obtengo de manera independiente de



las sensaciones), necesario (no puede ser de otra manera), y está fundado en el pensamiento. Por ejemplo, dos más dos es cuatro y es necesariamente así, no puede ser de otra forma, dos más dos no tendrá por resultado cinco. Por otro lado, esto lo puedo saber sin necesidad de hacer uso de los sentidos, lo puedo saber a través del pensamiento solo.

La otra forma de conocimiento se refiere a las cosas existentes y es contingente (no es de una manera determinada sino que puede cambiar) y a posteriori (depende de la experiencia). Podemos pensar lo contrario a todo hecho de la experiencia sin caer en contradicción. Yo puedo pensar que el sol no saldrá mañana por la mañana aunque hasta ahora siempre haya salido. No hay contradicción en pensar eso. Es imposible tratar de demostrar la falsedad de dicha proposición. Este tipo de conocimiento no es problemático en la medida en que el mismo se corresponde a impresiones, en la medida que algo que me viene del mundo exterior me permita sostenerlo. Pero, solemos ir más allá de estas impresiones y solemos hacer afirmaciones sobre el futuro, del cual no hay impresiones ni recuerdos. Solemos decir que el sol saldrá mañana, pero, ¿qué nos permite hacer semejante afirmación? Según Hume, es a través de la idea de causa y efecto que el espíritu hace este tipo de inferencias.

La idea de causalidad se nos impone constantemente. No podemos evitar suponer que aquello que sucedió hasta ahora, seguirá sucediendo en el futuro. Nadie duda que el sol saldrá cada mañana como ha sucedido desde que uno tiene memoria.

La causalidad

Para Hume, la idea de causalidad es compleja y está compuesta por cuatro elementos: 1) la causa (el hecho que inicia el proceso), 2) el efecto (hecho que termina el proceso), 3) una relación temporal entre 1) y 2) (primero aparece la causa, luego el efecto) y 4) la existencia de una relación necesaria entre causa y efecto, una suerte de energía que hace que una vez que ocurrió la causa, indefectiblemente se siga la consecuencia. Por ejemplo, si uno dirige una bola de billar hacia otra que se encuentra en reposo y la golpea, esta se moverá. Se dice que el movimiento de la primera es la causa del movimiento de la segunda.

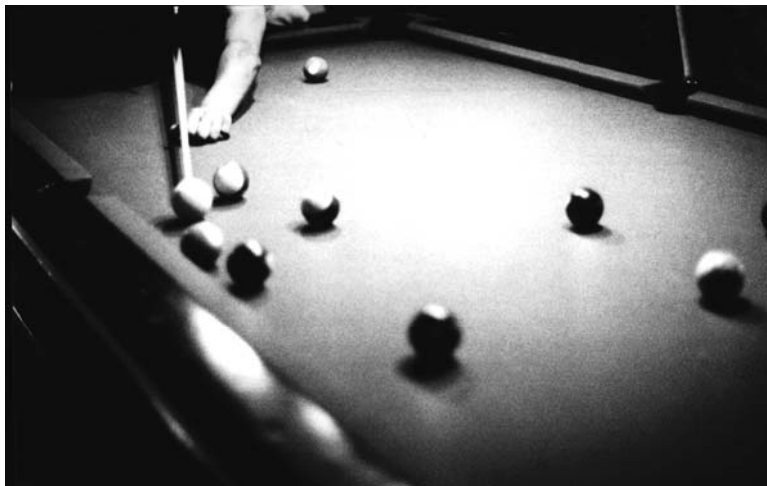
«...cuál es nuestra idea de necesidad cuando decimos que dos objetos están necesariamente unidos entre sí. Con referencia a este asunto, repito lo que frecuentemente he tenido ocasión de observar: que como no tenemos ninguna idea que no se derive de una impresión, debemos hallar una impresión que haga surgir la idea de necesidad, si afirmamos que realmente poseemos esta. Para ello considero en qué objetos se supone que se halla la necesidad, y encontrando que se atribuye siempre a las causas y efectos, dirijo mi mirada hacia dos objetos que se supone están unidos por esta relación y los examino en todas las situaciones de las que son susceptibles. Inmediatamente percibo que son contiguos en tiempo y lugar, y que el objeto que llamamos causa precede al que llamamos efecto. En ningún caso es posible ir más lejos ni me es posible descubrir una tercera relación entre estos objetos; por consiguiente, amplíe mi consideración hasta comprender varios casos en los que hallo objetos semejantes, existiendo en relaciones semejantes de contigüidad y sucesión.»

(Hume, David, *Del conocimiento humano*)

Teniendo en cuenta la afirmación de Hume que dice que para que un conocimiento sea válido, tiene que haber como correlato del mismo una impresión que lo haya producido, podemos ver que nos encontramos ante un problema. Si bien tengo impresiones para 1), 2) y 3), no tengo ninguna impresión que corresponda a 4). Es decir, veo la primera bola de billar en movimiento (causa), veo la segunda moverse (efecto), veo la sucesión temporal entre un hecho y otro (primero veo moverse a la primera bola y luego a la segunda), pero no veo ninguna impresión que corresponda a la idea de conexión necesaria. Sólo veo una sucesión de hechos que podrían no darse juntos. No puedo percibir la necesidad de que el movimiento de una bola pase a la otra. Sólo percibo que sucede eso, pero no la necesidad del hecho. Como no es contradictorio que la segunda bola no se mueva y la razón se guía por el principio de no contradicción, no es por medio de la sola razón que se conoce la relación causal. Puedo pensar muchas variantes que podrían ocurrir al chocar una bola de billar con otra: la primera podría rebotar y volver en línea recta, podría saltar el obstáculo y seguir de largo, podría fundirse con la segunda bola. Ninguna de estas posibilidades es contradictoria y no hay razón para que yo prefiera una ante otra. ¿Por qué, entonces, elegimos la que nos dice que la segunda bola se pondrá en movimiento?



Explicación de las ideas de conexión necesaria y de sustancia. El hábito



Antes de tener la experiencia empírica del hecho de que una bola de billar que golpea otra, «transmite» su movimiento, no podemos inferir que esto sucederá. Pero, luego de haber visto que esto se repite constantemente, podemos anticipar lo que sucederá al dirigir una bola de billar hacia otra que se encuentra quieta. Podemos llegar a este tipo de inferencia anticipatoria luego de un número sucesivo de veces de ver como un hecho se sigue a otro por hábito o costumbre.

Es gracias al hábito que se unen estrechamente ideas, de manera tal que, al aparecer una, aparece de forma inmediata la otra. La impresión correspondiente a la idea de conexión necesaria es, entonces, la sensación que el espíritu experimenta del tránsito de una idea a otra, el hábito que provoca que se asocie una idea después de otra. Pero esta idea de conexión necesaria no es más que un sentimiento subjetivo y no un conocimiento objetivo, no constituye un conocimiento verdadero porque no hay tal conexión necesaria entre las cosas que percibo en la naturaleza. Lo que hay es una proyección de un sentimiento puramente subjetivo y que como tal dependerá de las experiencias que cada persona haya tenido.

Así como critica la idea de causalidad, también critica la de sustancia. Por sustancia se entiende aquello que hace que una cosa sea lo que es. Es lo que está por debajo de los accidentes (accidente es lo accesorio, lo que podría estar o no estar en una cosa y esta no cambiaría por eso, por ejemplo una mesa puede ser de color blanco o negro, puede medir 10 metros o tres, puede ser cuadrada o redonda, etc. todo esto es accidente). En otras palabras, sustancia es aquello que unifica los accidentes. Si tratamos de buscar la impresión correspondiente a la idea de sustancia, nuevamente nos encontraremos en problemas. No cabe duda de que tenemos impresiones de los accidentes de las distintas cosas que hay en el mundo. Podemos tener la impresión de la aspereza de una determinada tela, de su color, su temperatura, pero no existe una impresión correlato de la idea de tela en cuanto sustancia.

Al igual que en el caso de la causalidad, la idea de sustancia se forma a través del hábito. Al mirar esta mesa, veo los accidentes que la componen; su color, tamaño, etc. Si cierro los ojos y los vuelvo a abrir, la mesa sigue estando con sus mismos accidentes. Si me voy y vuelvo en un mes, siguen



Retrato de David Hume (1711-1776)

de conexiones causales y unificando accidentes como si existieran sustancias. La naturaleza es la que nos inclina a creer en la existencia de estas sustancias y conexiones. Por otro lado, sería imposible vivir y moverse en el mundo si no se tuviera esa creencia. Hume confía en el instinto natural y en las ciencias siempre y cuando estas se centren en los temas que pueden ser conocidos: sólo son conocimientos válidos los que me proporcionan las matemáticas y las ciencias de la naturaleza, lo demás, debe ser dejado de lado.

los mismos accidentes en la misma forma en que los vi antes. De esta manera, el hábito me lleva a creer que hay algo que unifica, que sostiene estos accidentes que veo se dan juntos. Pero esto no es más que una proyección de una necesidad subjetiva. Lo que llamamos «mesa» no es propiamente una mesa sino un conjunto de ideas simples contiguas a las que conjugamos en una palabra para ayudar a la memoria.

Podemos ver como, para Hume, todo conocimiento termina disuelto en impresiones. No existe nada como una conexión necesaria entre causas y efectos, ni cosas, ni alma. Pero, no podemos evitar razonar haciendo este de tipo

Criticismo

Kant (1724-1804) es uno de los pensadores más importantes de la historia de la filosofía. Resume en su desarrollo intelectual las distintas teorías anteriores a él y supera al empirismo y al racionalismo.

El racionalismo afirma que se conoce a través de la razón y el conocimiento por excelencia es el matemático. A través de ella llegamos a juicios necesarios y universales del tipo «la suma de los ángulos interiores de un triángulo es igual a dos rectos». Que sean necesarios quiere decir que no pueden ser de otra manera y que sean universales significa que vale para todos los casos.

Lo que se alcanza mediante la razón, no tiene que ver con los fenómenos sensibles, sino con la naturaleza última de las cosas, la esencia, las cosas no según se nos aparecen a los sentidos, sino tal como son en sí mismas. Pero, a través de la experiencia empírica sólo obtenemos conocimientos particulares y contingentes, por lo tanto, desde un punto de vista racionalista, no podemos decir que los sentidos nos proporcionen conocimiento verdadero.

Por el contrario, el empirismo sostiene que el verdadero conocimiento es aquel que nos es proporcionado por los sentidos. Según esta teoría no se pueden conocer las cosas en sí, sino sólo los fenómenos, lo que percibimos a través de la experiencia.

Tanto en el racionalismo como en el empirismo, se entiende como conocimiento verdadero aquel que logra captar el objeto. Para ambas teorías, el objeto se impone en cierta forma y la verdad es entendida como correspondencia entre el objeto y el conocimiento que de este se tenga.

Kant y la nueva relación entre sujeto y objeto

Kant presenta una nueva posición para esta relación entre objeto y sujeto. Para él, el conocimiento implica cierta construcción desde el sujeto. El objeto no se impone, sino que el sujeto crea la objetividad. Para comprender mejor lo que Kant quiere decir es de utilidad pensar una metáfora: imaginarse que uno nace con unos anteojos de color. Sin estos anteojos, el mundo no se puede ver, pero con ellos, este aparece coloreado de una manera que no le es propia. De esta forma, hay una suerte de interacción entre el mundo y el sujeto. El mundo no se impone al sujeto sin más, sino que este, le da cierta estructura.

Como puede observarse, para que el conocimiento sea posible, se necesitan dos cosas: por un lado, la estructura de la razón (esta suerte de anteojos coloreados sin los que es imposible conocer) y, por el otro, las cosas externas.

La razón está formada por las intuiciones puras de la sensibilidad y por las categorías, las primeras son lo que él llama intuición, las segundas son parte del entendimiento. Las formas puras de la sensibilidad son el espacio y el tiempo, mientras que las categorías son la substancia, causalidad, unidad, pluralidad, etc.

«El espacio no es un concepto empírico sacado de experiencias externas. Pues para que ciertas sensaciones sean referidas a algo fuera de mí (es decir, a algo en otro lugar del espacio que el que yo ocupo) y así mismo para que yo pueda representarlas como fuera (y al lado) unas de las otras, por tanto no sólo como distintas, sino como situadas en distintos lugares, hace falta que esté ya a la base la representación del espacio. Según esto, la representación del espacio, no puede ser tomada por experiencia, de las relaciones del fenómeno externo, sino que esta experiencia externa no es ella

misma posible sino mediante dicha representación. (...) El tiempo no es un concepto empírico que se derive de una experiencia. Pues la coexistencia o la sucesión no sobrevendría en la percepción, si la representación del tiempo no estuviera a priori a la base. Sólo presuponiéndola es posible representarse que algo sea en uno y al mismo tiempo (a la vez) o en diferentes tiempos (uno después de otro).»

(Kant, *Crítica de la razón pura*)

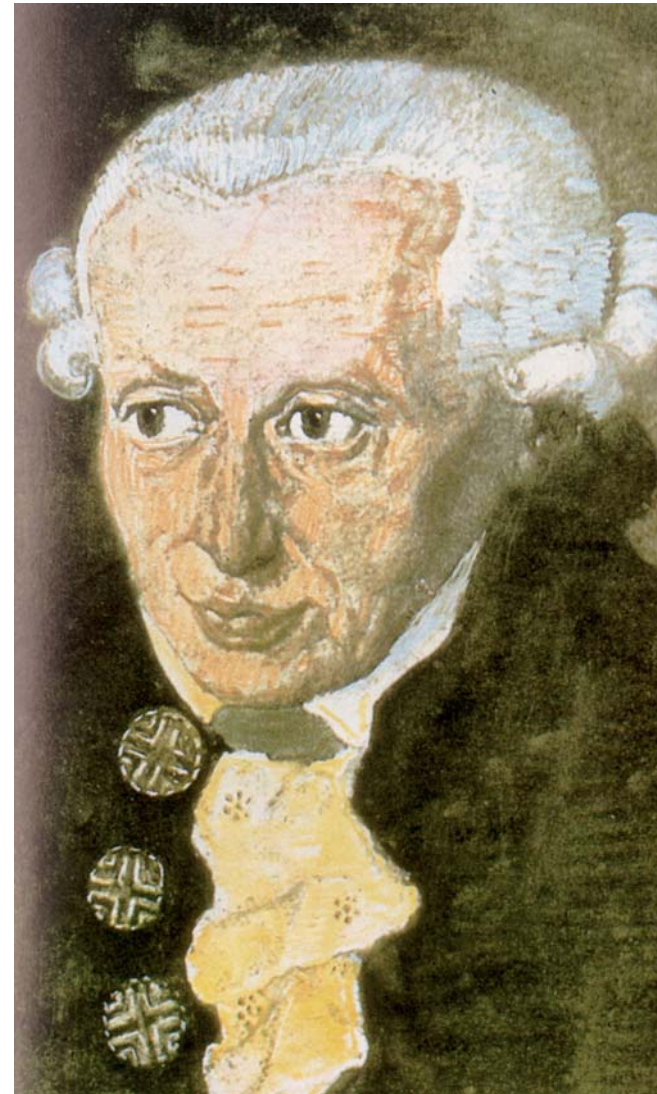
De esto resulta que es el sujeto el que «pone» en el mundo el tiempo, el espacio, la substancia, la unidad, etc. Ninguna de estas cosas es independiente del sujeto, son más bien como moldes que el sujeto utiliza para «acomodar» los datos que la sensibilidad le aporta. En otras palabras, no hay manera de que sepamos que hay en el mundo, qué hay fuera de nuestra cabeza. Nuestra razón es como un recipiente en el que se acomodan los datos que me vienen desde fuera. Sin esos datos, el recipiente está vacío, es una estructura sin contenido. Pero una vez que los datos «entran» en ese recipiente, sólo pueden entrar acomodándose a la forma del mismo y perdiendo la que tenían antes de «entrar» en él.

Si se intentase conocer algo a partir de la razón pura, sin hacer uso de los sentidos y de los datos de la sensibilidad, no habría conocimiento posible porque, tanto las formas puras de la sensibilidad como las categorías (es decir, este recipiente en el que se acomodan los datos externos), son vacías y necesitan de los datos de los sentidos para obtener material que sirva para el conocimiento (material que llena el recipiente).

Filosofía

Los sentidos son los que aportan el material y la razón aporta el molde que ordena dicho material. Así, según Kant, es imposible conocer las cosas en sí, conocer el absoluto. Nuestro conocimiento siempre está mediado por este molde que la razón imprime sobre el material que le es dado desde el exterior. De esta forma, al destacar la importancia de los sentidos en el conocimiento, Kant se aproxima al empirismo. Pero, por otro lado, también se acerca al racionalismo pues sostiene que las puras impresiones tampoco proporcionan conocimiento. Es necesario que las mismas tengan algún tipo de orden provisto por la razón. Ellas, por sí solas, no son más que puro desorden y confusión, necesitan de la estructura que las ordene y les de sentido.

Pero, nuestra razón, además de poseer intuiciones y entendimiento, posee lo que Kant llama razón, utilizando esta palabra en un sentido más restringido que antes. Esta razón no puede evitar ir más allá de los sentidos a causa de su propia naturaleza. Cuando esto sucede, ya no se puede hablar propiamente de conocimiento, ya que, a través de la especulación del pensamiento puro que no se sirve de los datos sensibles, se puede llegar a afirmaciones contradictorias. Por ejemplo, se puede sostener que Dios existe o que no existe y se puede argumentar a favor de cualquiera de estas afirmaciones sin llegar a ningún tipo de contradicción que nos obligue a abandonar alguna. Al no existir la posibilidad de comprobar empíricamente ninguna de las dos proposiciones, no hay razón alguna para preferir una a la otra.



Immanuel Kant (1724-1804)

La verdad como problema

Suele creerse que al hablar de la verdad, al decir que algo es verdadero, no hay posibilidad de divergencia: la verdad es única y universal. Sin embargo, no existe una única forma de hablar sobre la verdad. Son varias las nociones que se manejan de la misma. Sin embargo, es necesario resaltar que todas las nociones coinciden en que la verdad se trata de algún tipo de relación que se da a nivel del lenguaje.

Distintas concepciones en torno a la verdad

1. Verdad como concordancia. Todo pensamiento se refiere a un objeto y cuando hay adecuación entre objeto y pensamiento, hay verdad. ¿Cómo es esta adecuación entre pensamiento y cosa? Pienso «eso es un árbol». Si hay algún objeto fuera de mi pensamiento que sea un árbol, entonces estoy ante un conocimiento verdadero. Pero esta adecuación se refiere a algo externo, no quiere decir que mi pensamiento sea un árbol. Si fuese así, la correspondencia sería absoluta. Los objetos se encuentran en el pensamiento de la manera que es propia del pensamiento y no de la manera propia de los objetos. No son los objetos mismos los que se encuentran en él, sino que estos tienen que despojarse de sus cualidades particulares para poder ser pensados. Por supuesto que hay algo que debe permanecer del objeto para que este esté en el pensamiento: la forma desprovista de accidentes. Lo que tengo en mi pensamiento es la imagen del árbol y no el árbol mismo sin más. Esta concordancia se expresa a través del lenguaje. Así la proposición «esto es un árbol», será verdadera, sí y sólo sí aquello que está fuera de mi pensamiento es efectivamente un árbol. El mentor de esta forma de entender la verdad fue Aristóteles.

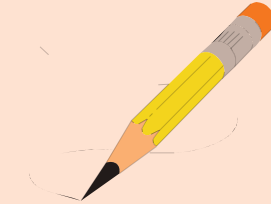
2. La verdad como coherencia. Una verdad es tal por su congruencia, su coherencia dentro de un sistema en el que se relaciona con otras verdades. La aparición de las geometrías no euclidianas justifica la

utilización de esta noción de verdad. La geometría euclidiana sostiene como uno de sus postulados que por un punto externo a una recta sólo se puede trazar una paralela a esa recta. Los cuerpos geométricos que se pueden construir partiendo de este postulado, dan como resultado triángulos cuyos ángulos interiores miden dos rectos, mientras que en las geometrías no euclidianas, dicha suma puede dar más o menos de dos rectos. De esta manera, la verdad sobre el resultado de la suma de los ángulos interiores de un triángulo, dependerá del sistema en el que se haga dicha afirmación.

3. La verdad como eficacia o verdad pragmática. Desde esta postura se sostiene que no hay verdades. Las mismas cambian según el éxito que tengan en la acción. Si la verdad fuera inmutable, no se podría hablar de progreso. Se progresa, justamente, porque existe la posibilidad de cambiar, de «construir» verdades. De esta manera, hay una suerte de desarrollo de la verdad a través de los errores. No hay verdades eternas. Estas dependen de las teorías que las afirman y la eficacia que estas tengan. En otras palabras, algo es verdadero porque es útil. Por ejemplo, durante mucho tiempo se creyó que la Tierra era el centro del universo y esta creencia era coherente con el conjunto de ideas que se tenían en ese momento. La afirmación «la Tierra es el centro del universo» era verdadera dentro del sistema al que pertenecía y permitía tener un conocimiento útil. Esta afirmación cambió a medida que dejó de servir: con los viajes a través de los mares, se fueron necesitando cada vez mapas estelares más precisos y las observaciones astronómicas empezaron a mostrar cierta incompatibilidad entre la creencia de que la Tierra era el centro del universo y el movimiento que mostraban los planetas y las estrellas. De esta manera, la afirmación «la Tierra es el centro del universo» fue cambiada por la que dice «el Sol es el centro del universo». Esta proposición permitió la confección de mapas más precisos. Hoy en día, lo que se sostiene es que «el Sol es el centro del sistema solar».

Actividades

1) Lee el cuento «La noche boca arriba» de Julio Cortázar. ¿Qué le pasa al personaje principal? ¿Crees que algo así es posible? ¿Por qué? ¿Desde qué teoría gnoseológica lo analizarías? ¿Por qué?



La Noche boca arriba

Y salían en ciertas épocas a cazar enemigos; le llamaban la guerra florida.

A mitad del largo zaguán del hotel pensó que debía ser tarde y se apuró a salir a la calle y sacar la motocicleta del rincón donde el portero de al lado le permitía guardarla. En la joyería de la esquina vio que eran las nueve menos diez; llegaría con tiempo sobrado adonde iba. El sol se filtraba entre los altos edificios del centro, y él -porque para sí mismo, para ir pensando, no tenía nombre- montó en la máquina saboreando el paseo. La moto roncaba entre sus piernas, y un viento fresco le chicoteaba los pantalones.

Dejó pasar los ministerios (el rosa, el blanco) y la serie de comercios con brillantes vitrinas de la calle Central. Ahora entraba en la parte más agradable del trayecto, el verdadero paseo: una calle larga, bordeada de árboles, con poco tráfico y amplias villas que dejaban venir los jardines hasta las aceras, apenas demarcadas por setos bajos. Quizá algo distraído, pero corriendo por la derecha como correspondía, se dejó llevar por la tersura, por la leve crispación de ese día apenas empezado. Tal vez su involuntario relajamiento le impidió prevenir el accidente. Cuando vio que la mujer parada en la esquina se lanzaba a la calzada a pesar de las luces verdes, ya era tarde para las soluciones fáciles. Frenó con el pié y con la mano, desviándose a la izquierda; oyó el grito de la mujer, y junto con el choque perdió la visión. Fue como dormirse de golpe.

Volvió bruscamente del desmayo. Cuatro o cinco hombres jóvenes lo estaban sacando de debajo de la moto. Sentía gusto a sal y sangre, le dolía una rodilla y cuando lo alzaron gritó, porque no podía soportar la presión en el brazo derecho. Voces que no parecían pertenecer a las caras suspendidas sobre él, lo alentaban con bromas y seguridades. Su único alivio fue oír la confirmación de que había estado en su derecho al cruzar la esquina. Preguntó por la mujer, tratando de dominar la náusea que le ganaba la garganta. Mientras lo llevaban boca arriba hasta una farmacia próxima, supo que la causante del accidente no tenía más que rasguños en la piernas. «Usted la agarró apenas, pero el golpe le hizo saltar la máquina de costado...»; Opiniones, recuerdos, despacio, éntrenlo de espaldas,

así va bien y alguien con guardapolvo dándole de beber un trago que lo alivió en la penumbra de una pequeña farmacia de barrio.

La ambulancia policial llegó a los cinco minutos, y lo subieron a una camilla blanda donde pudo tenderse a gusto. Con toda lucidez, pero sabiendo que estaba bajo los efectos de un shock terrible, dio sus señas al policía que lo acompañaba. El brazo casi no le dolía; de una cortadura en la ceja goteaba sangre por toda la cara. Una o dos veces se lamió los labios para beberla. Se sentía bien, era un accidente, mala suerte; unas semanas quieto y nada más. El vigilante le dijo que la motocicleta no parecía muy estropeada. «Natural», dijo él. «Como que me la ligué encima...» Los dos rieron y el vigilante le dio la mano al llegar al hospital y le deseó buena suerte. Ya la náusea volvía poco a poco; mientras lo llevaban en una camilla de ruedas hasta un pabellón del fondo, pasando bajo árboles llenos de pájaros, cerro los ojos y deseó estar dormido o cloroformado. Pero lo tuvieron largo rato en una pieza con olor a hospital, llenando una ficha, quitándole la ropa y vistiéndolo con una camisa grisácea y dura. Le movían cuidadosamente el brazo, sin que le doliera. Las enfermeras bromeaban todo el tiempo, y si no hubiera sido por las contracciones del estómago se habría sentido muy bien, casi contento.

Lo llevaron a la sala de radio, y veinte minutos después, con la placa todavía húmeda puesta sobre el pecho como una lápida negra, pasó a la sala de operaciones. Alguien de blanco, alto y delgado se le acercó y se puso a mirar la radiografía. Manos de mujer le acomodaban la cabeza, sintió que lo pasaban de una camilla a otra. El hombre de blanco se le acercó otra vez, sonriendo, con algo que le brillaba en la mano derecha. Le palmeó la mejilla e hizo una seña a alguien parado atrás.

Como sueño era curioso porque estaba lleno de olores y él nunca soñaba olores. Primero un olor a pantano, ya que a la izquierda de la calzada empezaban las marismas, los tembladerales de donde no volvía nadie. Pero el olor cesó, y en cambio vino una fragancia compuesta y oscura como la noche en que se movía huyendo de los aztecas. Y todo era tan natural, tenía que huir de los aztecas que andaban a caza de hombre, y su única probabilidad era la de esconderse en lo más denso de la selva, cuidando de no apartarse de la estrecha calzada que sólo ellos, los motecas, conocían.

Lo que más lo torturaba era el olor, como si aun en la absoluta aceptación del sueño algo se revelara contra eso que no era habitual, que hasta entonces no había participado del juego. «Huele a guerra», pensó, tocando instintivamente el puñal de piedra atravesado en su ceñidor de lana tejida. Un sonido inesperado lo hizo agacharse y quedar inmóvil, temblando. Tener miedo no era extraño, en sus sueños abundaba el miedo. Esperó, tapado por las ramas de un arbusto y la noche sin estrellas. Muy lejos, probablemente del otro lado del gran lago, debían estar ardiendo fuegos de vivac; un resplandor rojizo teñía esa parte del cielo. El sonido no se repitió. Había sido como una rama quebrada. Tal vez un animal que escapaba como él del olor a guerra. Se enderezó despacio, venteando. No se oía nada, pero el miedo seguía allí como el olor, ese incienso dulzón de la guerra florida. Había que seguir, llegar al corazón de la selva evitando las ciénagas. A tientas, agachándose a cada instante para tocar el suelo más duro de la calzada, dio algunos pasos. Hubiera querido echar a correr, pero los tembladerales palpitaban a su lado. En el sendero en tinieblas, buscó el rumbo. Entonces sintió una bocanada del olor que más temía, y saltó desesperado hacia adelante.

-Se va a caer de la cama -dijo el enfermo de la cama de al lado-. No brinque tanto, amigazo.

Abrió los ojos y era de tarde, con el sol ya bajo en los ventanales de la larga sala. Mientras trataba de sonreír a su vecino, se despegó casi físicamente de la última visión de la pesadilla. El brazo, enyesado, colgaba de un aparato con pesas y poleas. Sintió sed, como si hubiera estado corriendo kilómetros, pero no querían darle mucha agua, apenas para mojarse los labios y hacer un buche. La fiebre lo iba ganando despacio y hubiera podido dormirse otra vez, pero saboreaba el placer de quedarse despierto, entornados los ojos, escuchando el diálogo de los otros enfermos, respondiendo de cuando en cuando a alguna pregunta. Vio llegar un carrito blanco que pusieron al lado de su cama, una enfermera rubia le frotó con alcohol la cara anterior del muslo, y le clavó una gruesa aguja conectada con un tubo que subía hasta un frasco lleno de líquido opalino. Un médico joven vino con un aparato de metal y cuero que le ajustó al brazo sano para verificar alguna cosa. Caía la noche, y la fiebre lo iba arrastrando blandamente a un estado donde las cosas tenían un relieve como de gemelos de teatro, eran reales y dulces y a la vez ligeramente repugnantes, como estar viendo una película aburrida y pensar que sin embargo en la calle es peor, y quedarse.

Vino una taza de maravilloso caldo de oro oliendo a puerro, a apio, a perejil. Un trocito de pan, mas precioso que todo un banquete, se fue desmigajando poco a poco. El brazo no le dolía nada y solamente en la ceja, donde lo habían suturado, chirriaba a veces una punzada caliente y rápida. Cuando los ventanales de enfrente viraron a manchas de un azul oscuro, pensó que no iba a ser difícil dormirse. Un poco incómodo, de espaldas, pero al pasarse la lengua por los labios resechos y calientes sintió el sabor del caldo, y suspiró de felicidad, abandonándose.

Primero fue una confusión, un atraer hacia sí todas las sensaciones por un instante embotadas o confundidas. Comprendía que estaba corriendo en plena oscuridad, aunque arriba el cielo cruzado de copas de árboles era menos negro que el resto. «La calzada», pensó. «Me salí de la calzada.» Sus pies se hundían en un colchón de hojas y barro, y ya no podía dar un paso sin que las ramas de los arbustos le azotaran el torso y las piernas. Jadeante, sabiéndose acorralado a pesar de la oscuridad y el silencio, se agachó para escuchar. Tal vez la calzada estaba cerca, con la primera luz del día iba a verla otra vez. Nada podía ayudarlo ahora a encontrarla. La mano que sin saberlo él, aferraba el mango del puñal, subió como un escorpión de los pantanos hasta su cuello, donde colgaba el amuleto protector. Moviendo apenas los labios musitó la plegaria del maíz que trae las lunas felices, y la súplica a la Muy Alta, a la dispensadora de los bienes motecas. Pero sentía al mismo tiempo que los tobillos se le estaban hundiendo despacio en el barro, y al la espera en la oscuridad del chaparral desconocido se le hacía insoportable. La guerra florida había empezado con la luna y llevaba ya tres días y tres noches. Si conseguía refugiarse en lo profundo de la selva, abandonando la calzada mas allá de la región de las ciénagas, quizá los guerreros no le siguieran el rastro. Pensó en la cantidad de prisioneros que ya habrían hecho. Pero la cantidad no contaba, sino el tiempo sagrado. La caza continuaría hasta que los sacerdotes dieran la señal del regreso. Todo tenía su número y su fin, y él estaba dentro del tiempo sagrado, del otro lado de los cazadores.

Oyó los gritos y se enderezó de un salto, puñal en mano. Como si el cielo se incendiara en el horizonte, vio antorchas moviéndose

entre las ramas, muy cerca. El olor a guerra era insoportable, y cuando el primer enemigo le saltó al cuello casi sintió placer en hundirle la hoja de piedra en pleno pecho. Ya lo rodeaban las luces y los gritos alegres. Alcanzó a cortar el aire una o dos veces, y entonces una soga lo atrapó desde atrás.

-Es la fiebre -dijo el de la cama de al lado-. A mí me pasaba igual cuando me operé del duodeno. Tome agua y va a ver que duerme bien.

Al lado de la noche de donde volvía la penumbra tibia de la sala le pareció deliciosa. Una lámpara violeta velaba en lo alto de la pared del fondo como un ojo protector. Se oía toser, respirar fuerte, a veces un diálogo en voz baja. Todo era grato y seguro, sin acoso, sin... Pero no quería seguir pensando en la pesadilla. Había tantas cosas en qué entretenerse. Se puso a mirar el yeso del brazo, las poleas que tan cómodamente se lo sostenían en el aire. Le habían puesto una botella de agua mineral en la mesa de noche. Bebió del gollete, golosamente. Distinguía ahora las formas de la sala, las treinta camas, los armarios con vitrinas. Ya no debía tener tanta fiebre, sentía fresca la cara. La ceja le dolía apenas, como un recuerdo. Se vio otra vez saliendo del hotel, sacando la moto. Quién hubiera pensado que la cosa iba a acabar así? Trataba de fijar el momento del accidente, y le dio rabia advertir que había ahí como un hueco, un vacío que no alcanzaba a rellenar. Entre el choque y el momento en que lo habían levantado del suelo, un desmayo o lo que fuera no le dejaba ver nada. Y al mismo tiempo tenía la sensación de que ese hueco, esa nada, había durado una eternidad. No, ni siquiera tiempo, más bien como si en ese hueco él hubiera pasado a través de algo o recorrido distancias inmensas. El choque, el golpe brutal contra el pavimento. De todas maneras al salir del pozo negro había sentido casi un alivio mientras los hombres lo alzaban del suelo. Con el dolor del brazo roto, la sangre de la ceja partida, la contusión en la rodilla; con todo eso, un alivio al volver al día y sentirse sostenido y auxiliado. Y era raro. Le preguntaría alguna vez al médico de la oficina. Ahora volvía a ganarlo el sueño, a tirarlo despacio hacia abajo. La almohada era tan blanda, y en su garganta afiebrada la frescura del agua mineral. Quizá pudiera descansar de veras, sin las malditas pesadillas. La luz violeta de la lámpara en lo alto se iba apagando poco a poco.

Como dormía de espaldas, no lo sorprendió la posición en que volvía a reconocerse, pero en cambio el olor a humedad, a piedra rezumante de filtraciones, le cerró la garganta y lo obligó a comprender. Inútil abrir los ojos y mirar en todas direcciones; lo envolvía una oscuridad absoluta. Quiso enderezarse y sintió las sogas en las muñecas y los tobillos. Estaba estaqueado en el piso, en un suelo de lajas helado y húmedo. El frío le ganaba la espalda desnuda, las piernas. Con el mentón buscó torpemente el contacto con su amuleto, y supo que se lo habían arrancado. Ahora estaba perdido, ninguna plegaria podía salvarlo del final. Lejanamente, como filtrándose entre las piedras del calabozo, oyó los atabales de la fiesta. Lo habían traído al teocalli, estaba en las mazmorras del templo a la espera de su turno.

Oyó gritar, un grito ronco que rebotaba en las paredes. Otro grito, acabando en un quejido. Era él que gritaba en las tinieblas, gritaba porque estaba vivo, todo su cuerpo se defendía con el grito de lo que iba a venir, del final inevitable. Pensó en sus compañeros que llenarían otras mazmorras, y en los que ascendían ya los peldaños del sacrificio. Gritó de nuevo sofocadamente, casi no podía abrir la boca, tenía las mandíbulas agarrotadas y a la vez como si fueran de goma y se abrieran lentamente, con un esfuerzo interminable.

El chirriar de los cerrojos lo sacudió como un látigo. Convulso, retorciéndose, luchó por zafarse de las cuerdas que se le hundían en la carne. Su brazo derecho, el mas fuerte, tiraba hasta que el dolor se hizo intolerable y hubo que ceder. Vio abrirse la doble puerta, y el olor de las antorchas le llegó antes que la luz. Apenas ceñidos con el taparrabos de la ceremonia, los acólitos de los sacerdotes se le acercaron mirándolo con desprecio. Las luces se reflejaban en los torsos sudados, en el pelo negro lleno de plumas. Cedieron las sogas, y en su lugar lo aferraron manos calientes, duras como el bronce; se sintió alzado, siempre boca arriba, tironeado por los cuatro acólitos que lo llevaban por el pasadizo. Los portadores de antorchas iban adelante, alumbrando vagamente el corredor de paredes mojadas y techo tan bajo que los acólitos debían agachar la cabeza. Ahora lo llevaban, lo llevaban, era el final. Boca arriba, a un metro del techo de roca viva que por momentos se iluminaba con un reflejo de antorcha. Cuando en vez del techo nacieran las estrellas y se alzara ante él la escalinata incendiada de gritos y danzas, sería el fin. El pasadizo no acababa nunca, pero ya iba a acabar, de repente olería el aire libre lleno de estrellas, pero todavía no, andaban llevándolo sin fin en la penumbra roja, tironeándolo brutalmente, y él no quería, pero como impedirlo si le habían arrancado el amuleto que era su verdadero corazón, el centro de su vida.

Salió de un brinco a la noche del hospital, al alto cielo raso dulce, a la sombra blanda que lo rodeaba. Pensó que debía haber gritado, pero sus vecinos dormían callados. En la mesa de noche, la botella de agua tenía algo de burbuja, de imagen traslúcida contra la sombra azulada de los ventanales. Jadeó buscando el alivio de los pulmones, el olvido de esas imágenes que seguían pegados a sus párpados. Cada vez que cerraba los ojos las veía formarse instantáneamente, y se enderezaba aterrado pero gozando a la vez del saber que ahora estaba despierto, que la vigilia lo protegía, que pronto iba a amanecer, con el buen sueño profundo que se tiene a esa hora, sin imágenes, sin nada... Le costaba mantener los ojos abiertos, la modorra era más fuerte que él. Hizo un último esfuerzo, con la mano sana esbozó un gesto hacia la botella de agua; no llegó a tomarla, sus dedos se cerraron en un vacío otra vez negro, y el pasadizo seguía interminable, roca tras roca, con súbitas fulguraciones rojizas, y él boca arriba gimió apagadamente porque el techo iba a acabarse, subía, abriéndose como una boca de sombra, y los acólitos se enderezaban y de la altura una luna menguante le cayó en la cara donde los ojos no querían verla, desesperadamente se cerraban y abrían buscando pasar al otro lado, descubrir de nuevo el cielo raso protector de la sala. Y cada vez que se abrían era la noche y la luna mientras lo subían por la escalinata, ahora con la cabeza colgando hacia abajo, y en lo alto estaban las hogueras, las rojas columnas de rojo perfumado, y de golpe vio la piedra roja, brillante de sangre que chorreaba, y el vaivén de los pies del sacrificado, que arrastraban para tirarlo rodando por las escalinatas del norte. Con una última esperanza apretó los párpados, gimiendo por despertar. Durante un segundo creyó que lo lograría, porque estaba otra vez inmóvil en al cama, a salvo del balanceo cabeza abajo. Pero olía a muerte y cuando abrió los ojos vio la figura ensangrentada del sacrificador que venía hacia él con el cuchillo de piedra en la mano. Alcanzó a cerrar otra vez los párpados, aunque ahora sabía que no iba a despertarse, que estaba despierto, que el sueño maravilloso había sido el

otro, absurdo como todos los sueños; un sueño en el que había andado por extrañas avenidas de una ciudad asombrosa, con luces verdes y rojas que ardían sin llama ni humo, con un enorme insecto de metal que zumbaba bajo sus piernas. En la mentira infinita de ese sueño también lo habían alzado del suelo, también alguien se le había acercado con un cuchillo en la mano, a él tendido boca arriba, a él boca arriba con los ojos cerrados entre las hogueras.

Julio Cortázar, *Final del Juego*, Bs. As., 1983, Ed. Sudamericana. Tomado de www.juliocortazar.com.ar/cuentos/boca.htm

2) Clasifica las siguientes afirmaciones según sean creencias o conocimiento:

- a) El Sol sale por el este y se pone en el oeste.
- b) Debido al movimiento de rotación de la Tierra, el Sol sale por el este y se pone por el oeste.
- c) Todos los leoninos brillan en las reuniones debido a su gran simpatía.
- d) Julián nunca faltará a su palabra.
- e) Gracias a las funciones relajantes del hidromasaje, Florencia no tiene más dolores de espalda.

3) Mira la película Matrix. ¿Con qué teoría gnoseológica se puede relacionar la película y por qué? ¿Es posible que algo así suceda? ¿Por qué?

4) Explica las diferencias que existen entre los distintos tipos de escepticismo vistos y ejemplificalos.

5) Compara las posiciones de Descartes, Hume y Kant con respecto al conocimiento. Destaca semejanzas y diferencias.

6) Al presentar la teoría empirista se habló de la imposibilidad de los ciegos de conocer aquellas impresiones relacionadas con la visión. ¿Qué diría el racionalismo con respecto a esta afirmación? ¿Y Kant?

7) Da un ejemplo para cada uno de las concepciones de verdad.

8) Analiza y explica el siguiente chiste. ¿Con qué teoría se puede relacionar la pregunta? ¿Por qué?

9) I) Analiza, compara y explica los siguientes fragmentos:

a) «Quizá soy algo más de lo que yo mismo alcanzo a ver, y todas las perfecciones que atribuyo a Dios existen en cierto modo potencialmente en mí, aunque no se manifiesten ni lleguen al acto. Veo, en efecto, que mi conocimiento aumenta paulatinamente y nada se opone a que crezca más y más hasta el infinito, ni tampoco a que, aumentado así el

conocimiento, pueda aprehender las restantes perfecciones, por último, a que la potencia para estas perfecciones, si ya existe en mí, no baste a producir la idea de aquellas».

b) «Cuando cierro los ojos y pienso en mi habitación, las ideas que formo son representaciones exactas de las impresiones que he recibido, y no hay ninguna circunstancia en la una que no se encuentre en la otra. Revisando mis otras percepciones, descubro el mismo parecido y la misma representación. Ideas e impresiones aparecen siempre en correspondencia unas con otras».

II) ¿A qué filósofo de los vistos en este capítulo puede pertenecer cada uno de ellos?

